

Marginalia a "La Inundación" ★ Por ANGEL RAMA

EN una reciente me-
sa redonda
sobre teatro
nacional nada
se habló de
lo que es
el tiempo más im-
portante: el
problema de
las formas ar-
tísticas. Por-
que si el arte
es sobre todo
expresión,
ella es la que
dará la modu-
lación nues-
tra que tanto
se busca y al-
go que aun-
que no se
busque está
en el primer



plano de la exigencia: la modulación de hombres de nuestro tiempo.

Todo el teatro que he escrito responde a esta enquisa: encontrar una forma que me exprese y nos exprese y sobre mis ensayos hasta la fecha —porque no son más que eso— quedaría bien el verso de Darío: "yo persigo una forma que no encuentra mi estilo".

Un teatro realista de directo lenguaje efectista como en "La inundación"; un teatro de imposición literaria sostenido por la intriga elevada para la revelación metafísica; un teatro de acción indirecta que reposa sobre los personajes moviéndose en una trama abierta, casi sin límites. Y tantos borradores y proyectos de ese laboratorio de alquimista estrafalario que deviene una mesa de trabajo cuando pasan los años.

Quizá por eso haría mi felicidad que de mí pudiera decirse, salvada la trampa de los años, lo que decía Lorca del juvenil Dalí: "No alabo tu imperfecto pincel adolescente, pero canto la firme dirección de sus flechas".

"Pero en estos casos se nos juzga aquí mis-

mo; damos simplemente lecciones sangrientas que, aprendidas, se vuelven para atormentar a su inventor. La justicia, con mano igual, presenta a nuestros propios labios los ingredientes del cáliz que nosotros hemos emponzoñado".

Macbeth. Acto I, esc. VII

Lo trágico es la política, creo que dijo Napoleón. Pero eso era posible en los albores liberales. Lo trágico es hoy la estructura de la sociedad, su funcionamiento que entre nosotros también es cruel e implacable. Claro está que ello no excluye lo trágico de la vida misma, pero ella es inatacable: sólo podremos padecerla y a imitación del héroe sofocleano engrandecerlos con nuestro sufrimiento. En cambio lo trágico derivado de una organización social es algo que está en nuestras posibilidades transformadoras, y por lealtad o por locura, no sé, a ello debemos aplicarnos.

Esta no es una actitud intelectual: no pertenecen a ese nivel los personajes de mi obra. Confusamente, con los pocos elementos clarificadores de su escaso saber, van averiguándolo. Pienso que aciertan en el planteo y se equivocan en las soluciones. Pero nada puedo hacer para evitarlo: apenas si decidirme a acompañarlos con mi piedad.

En un texto sobre Péguy que citaba Quijano, se expresaban los dos tramos de una meditación sobre la desigualdad del mundo. La comprobación de una miseria física, material, que es "absurda, injustificable, que condena a una especie de infierno sin esperanza a toda una porción, y la más numerosa, de la humanidad", para pasar luego al reconocimiento de la miseria metafísica de nuestra condición humana.

Es cierto. Pero hay algo más indignante aún que la miseria física y es la miseria espiritual que se le adscribe como una segunda maldición, porque ella enturbia las fuentes de una ética. A quienes hemos condenado a esa humillación —porque todos somos culpables—, llámese Antonia o Santiago o María o Juan, los veremos buscar, como ciegos "en cárcel tenebrosa", el por qué de sus aciagas vidas, y los veremos girar y tropezarse dentro del laberinto de su doble miseria.

Y cuando crean haber salido encontrarán que los acechaba esa otra miseria metafísica de que hablaba Péguy, y serán interrogados desde lo alto. Pero sólo esta asunción total podía justificarlos, y hacerlos grandes aun en su sordidez.

"Mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir a los sabios y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes".

I. Corintios: I, 27.

Es un pensamiento obsesante. Cuando se interroga los mitos, o los simples cuentos folklóricos; cuando se observa luego a algunas sencillas gentes que viven a nuestro lado, se intuye que hay un exceso de la piedad que es deirante, que nos atrae y repugna como un ritual bárbaro. Así es Antonia. Jugar la vida, siempre, apostando a los más dedicados y perversos, por piedad a ellos, y descubrir un día que había un secreto orgullo con que se los distanciaba, el de seguir siendo puro entre los más miserables. Y hácidamente abjurar de esa pureza para ser enteramente como ellos, y descubrir que es tarde, que después de ese sacrificio, sólo queda tiempo para la muerte.

"Es un drama betiano" me dicen. No había pensado. Más bien creía, en materia de procedencias literarias, que estaba en la cola sarriana, con un menos derivado de su realismo seco y otro menos derivado de una impregnación más ríspida que existencial.

Tan distraídos por los significados, hoy día, que somos capaces de perder el cuerpo mismo de una obra que la antigua retórica diseccionaba tan bien. Y además los significados son tan hábiles que se nos escurren entre las manos. Estoy leyendo el último tomo de Toynbee sobre la Desintegración de las Civilizaciones —el Cisma en el alma— y me parece estar leyendo, explicitados con brillo riguroso, los temas que me acuciaban turbidamente cuando escribía La inundación.

Pero deben ser engaños y para ellos habrá también el día de la verdad: el que sigue al estreno.